

todo lo que solicita, atrae y encanta nuestro corazón, en la tierra, esto se llama el martirio cristiano; y el héroe que, puesta la planta en nuestro suelo, dirige, conducido en alas de la caridad, sus pensamientos, sus deseos, sus afectos todos, allí, donde los tienen puestos los de la cima, en la infinita belleza de tus adorables perfecciones ¡oh Dios de mi alma y de mi vida!; ese héroe, se llama, señores, un mártir de Jesucristo, se llama Andrés, hermano de Pedro, uno de los doce Apóstoles del Cordero, padeciendo el suplicio ignominioso de la cruz, para testificar con su sangre, el Evangelio de Cristo.

Yo renuncio, señores, á contaros la maravillosa vida de este Santo y glorioso Apóstol; no quiero hablaros de la extraordinaria docilidad con que siguió á Jesús, cuando aprendió de boca de Juan Bautista su maestro que él era el Cordero Dios; ni de los primeros fervores de su apóstolico celo, que le movió á conquistar para Jesucristo á Pedro su hermano, que debía ser en el plan divino de la economía de la redención, la piedra fundamental de la mística ciudad de Dios, ni tampoco la cingular y especialísima vocación al apostolado que le hizo Jesús á orilla del mar de Galilea con estas sencillas y sublimes palabras: “venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”; ni tampoco de sus trabajos en el ministerio apóstolico mientras recorrió evangelizando á los pobres, las dilatadas provincias de la Scitia, del Epiro y de la Tracia; nó, señores, hay muertes tan gloriosas que eclipsan con su resplandor, los resplandores mismos que irradia sobre la historia la maravillosa vida de un gran santo y de un gran apóstol; hay una grandeza muy augusta, hay una sublimidad muy pura, hay un heroísmo muy glorioso en morir crucificado, exclamando: toda mi ciencia, todo mi honor, toda mi gloria, toda mi felicidad, están cifradas en esta cruz que se ha convertido para mí en un florido lecho en que voy á descansar de los trabajos de esta vida de un día y á

dormir en el amoroso ósculo de mí Jesús el sueño tranquilo, apacible, feliz, del justo en el seno de la bienaventuranza, que Dios ha prometido á los que padecen por su nombre. Ah! Señor ¿quién no se siente pequeño delante de la cruz en que está suspendido este apóstol de Jesucristo? ¿quién no cae de rodillas ante esa grande é inmortal figura de un mártir, que rocía con su sangre las albas vestiduras con que lo ha ataviado la gracia, á fin de conquistar con el heroísmo de su muerte uno de esos doce tronos en que han de sentarse para juzgar á la humanidad los apóstoles del Cordero? ¿Cuál es la sabiduría humana que no se desconcierta, escuchando este sublime lenguaje?

¡Oh santa cruz! trono glorioso que eligió para reclinar su cabeza coronada de espinas el Rey de nuestras almas, tú eres el único objeto de mis deseos y el único encanto de mi corazón; hace tiempo que te busco en los diferentes senderos de la vida del Apóstol para estrecharme contigo; hace tiempo que me entretengo, en los ratos de descanso, en los momentos que me dejan libres las tareas del ministerio, pensando en tí; tu imagen bendita ha sido en las horas amargas de la tribulación el único solaz y refrigerio de mi alma entristecida. ¡Ah! señores este lenguaje ni lo sabe ni lo entiende la sabiduría de la tierra; para oírlo, es preciso ponerse delante de la cruz en que muere Andrés; sólo de esos labios benditos que no se avergonzaron de confesar el nombre de Jesucristo delante de los reyes de la tierra, pueden partir esas palabras que encierran la filosofía más alta de la vida humana, esto es, el absoluto menosprecio de las aparentes fugaces y falsas alegrías de la vida y la consagración de nuestro amor á las grandezas sólidas, durables y puras de una vida mejor.

San Pablo, contemplando la pasión y la muerte de N. S. Jesucristo dijo: que el Salvador había soportado con

sublime resignación el suplicio de la cruz y había despreciado generosamente las ignominias y los oprobios de su vida mortal, teniendo fija su vista en la gloriosa recompensa que le reservaba su Padre, cuando, abriéndole las puertas eternas de la inmortal Sión. lo hizo reconocer como al Rey de la Magestad y de la gloria sentándolo á su derecha, en su reino eterno.

Esto explica, señores, el sublime misterio del martirio cristiano. Morir, para vivir eternamente; no avergonzarse de confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que el Verbo de Dios no se avergüenze de confesarnos delante de su Padre; padecer tormentos y derramar su sangre, en testimonio del Evangelio de Cristo, para llevar eternamente la corona de la inmortalidad y la palma del martirio; hacerse superior á las burlas, á los sarcasmos y á las ignominias, con que suele cercar el mundo los senderos de la justicia y de la virtud, afín de tener su parte en el honor, la gloria y la alabanza que dan eternamente á Jesucristo, los ángeles y los santos. y que del corazón adorable del Verbo humanado parten y se difunden sobre todos los escogidos, á la manera de impetuoso río, que alegra y vivifica la ciudad de Dios: he aquí, señores, la verdadera y gloriosa grandeza del hombre.

Por esto, señores, yo no he vacilado en compendiar el panegírico de Andrés, en las palabras de san Pablo que me sirven de tema. Ellas designan, á un tiempo mismo, el género de su martirio, la heroica generosidad con que supo sufrirlo y la grandeza del premio que le estaba reservado.

Es decir, señores, que los placeres y las alegrías del cielo convierten, para los santos, en insípidas y amargas las dichas de la tierra; y que la gloria, que desde el principio del mundo nos ha sido preparada por el ilustre vencedor de la muerte y del pecado, hace que los justos miren, á imitación del apóstol de las gentes, todas

las grandezas de la vida humana como una sombra que pasa rápidamente, y que cifren toda su dicha en Cristo Crucificado. (1)

#### CONCLUSIÓN.

Cumplido, señores, mi principal objeto en esta santa solemnidad, solo me resta decir dos palabras acerca de la situación religiosa del mundo.

Esto por otra parte no es enteramente extraño al motivo que nos ha congregado en este templo: ya os dije, señores, que Andrés era hermano natural de Pedro, y que las primicias de su apostolado fueron la conversión á Jesucristo de Simón hijo de Juan, á quien el Salvador cambió de nombre, llamándolo Pedro. Yo creo, señores, que la solemnidad de la situación impone á los sacerdotes católicos el deber de pronunciar sobre ella siquiera una palabra.

El catolicismo, señores, la única religión legítima de la humanidad, la que lleva en su seno todos los preciosos gérmenes de la civilización cristiana, vese hoy condenado á pedir un asilo hospitalario al corazón del individuo, porque, han renegado de él los soberanos de la tierra y las sociedades humanas. Esta deserción absoluta de los poderes temporales, de las filas cristianas, ha hecho posible, en el momento en que os hablo, un sacrílego atentado contra la sagrada persona y los inviolables derechos del Vicario de N. S. J. C.

A los horrores y á las devastaciones de una guerra gigantesca, que ha llevado en triunfo al ángel de la muerte y al genio de la destrucción á las ricas y dilatadas comarcas de la Europa central, ha creído la Italia que podía agregar los horrores mas inauditos todavía.

(1) Falta en el original el segundo punto (Nota del Editor)

de una invasión sacrílega y odiosa, de que le pedirá severa cuenta la Historia y que hoy mismo pesará sobre sus destinos, con el peso abrumador de un gran crimen contra la religión y contra la humanidad.

Entre tanto, señores, yo sé que Dios tiene en sus manos la suerte de las naciones y el corazón de los reyes. Encarcelado ó fujitivo; comiendo el pan del prisionero ó el pan del desterrado; bajo las inmensas bóvedas de San Pedro ó bajo la humilde techumbre de una parroquia de aldea: el Papa será siempre la figura más grande de la tierra, la personificación más augusta de la moral y del derecho en el mundo, el representante visible de Dios en medio de los hombres. Estos títulos inmortales del Pontificado, jamás prescriben, señores.

Caen, y se levantan los imperios y sus dinastías; pasan y vuelven á pasar, en el confuso torbellino de las cosas humanas, las sociedades y los pueblos, con sus formas de gobierno y sus sistemas de política; múdase, como las escenas del teatro, todas las decoraciones que hicieron figurar por un momento á ciertos hombres y á ciertas cosas; pero el pontificado, única institución permanente, ni cambia ni se muda, ni perderá jamás la gloriosa inmortalidad con que la adornó su divino fundador.

Por esto, señores, yo no me inquieto por el porvenir de la Iglesia, y sí me inquieto y hasta me estremezco por el porvenir de Imundo, y me inquieto tanto más, cuanto que rechaza abiertamente la medicina que le ha preparado la Providencia.

La celebración del Concilio Ecuménico y la declaración dogmática de la infalibilidad del Romano Pontífice son las preciosas bendiciones, que la misericordia de Dios ha derramado sobre la humanidad, en estos calamitosos tiempos.

Así es realmente, señores, á la soberanía doctrinal

abatimientos y que se revelen por completo los designios del Altísimo. Cerremos, mis hermanos, las sagradas páginas, en que hemos leído los abatimientos de María y que, mientras refieren minuciosamente la resurrección del Salvador, sus diversas apariciones á las santas mujeres, su gloriosa ascensión y los rápidos progresos de la iglesia naciente, guardan acerca de María un silencio profundo y misterioso y nada nos dicen, ni de las consolaciones de su alma, cuando vió á Jesucristo resucitado y glorioso, ni de sus bienhechoras influencias sobre el apostolado y el pueblo; nada encontraréis, mis hermanos, ni una palabra de duelo sobre su sepulcro, ni una palabra de felicitación por la gloria de su triunfo. Sí, nada se encuentra, porque es indispensable que llene su destino esta mujer extraordinaria, recorriendo con paso firme la senda de las humillaciones hasta el último instante de su vida; pero ahí terminan, mis hermanos, y su sepulcro es la primera de sus glorias, como su muerte el primero de sus triunfos. Ved esos restos venerables, inanimados, sí; pero no ultrajados ni desfigurados por la muerte; confiados á la tumba como un sagrado depósito, y no como una presa para saciar su voracidad; la corrupción, ese ministro terrible de las terribles venganzas del Señor, se detendrá ante este cuerpo inmaculado y no ejercerá su repugnante oficio sobre esa carne virginal, porque la mística paloma lo protege con sus alas y lo rodea con su sombra la virtud del Altísimo. Reanimate cuerpo virginal y vístete de gloria; y tú alma santísima, que subiste hasta las alturas del cielo, como suben las columnas aromáticas de una taza de perfumes, incorpórate de nuevo y levanta ese templo, que construyó para su morada la eterna Sabiduría, hasta su trono de luz y de gloria. ¡Abríos puertas eternas de la inmortal Sión, y vosotros, príncipes esclarecidos de la milicia del Cordero, venid á formar la corte de

honor, que debe recibir en el cielo á vuestra soberana Reina; y tú Virgen gloriosísima, entra á poseer el reino inmortal, que te ha sido preparado en los eternos consejos: Jerusalén, Jerusalén, vístete de gala, prepara tus instrumentos de alegría: el salterio de las diez cuerdas, el tímpano y el órgano; arregla tus coros y ensaya las voces de tus vírgenes para que tributes á la Madre del Rey una ovación digna de su grandeza y de su gloria. ¡Oh María! los hombres no te reconocieron, ni como hija de David, ni como Madre de Jesucristo, ni como Esposa del Espíritu divino; indemnízate ahora de esas humillaciones, embriagándote en esos torrentes de suavísima armonía, con que alegran la ciudad de Dios las aclamaciones unísonas de los ángeles y de los santos. Dios te salve María hija de Dios Padre, Madre de Dios hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, cantan los coros de los ángeles y resuenan sus voces en las eternas bóvedas del firmamento y resonarán eternamente, para inundar tu alma de purísimos deleites.

El segundo grado de la gloria de María será ver á su adorable Hijo glorificado, para saciar su alma, con esa aparición gloriosa de la Divinidad en una carne inmortal, para recrear su vista en esa soberana belleza que arrebató de admiración á los ángeles. Sí, gózate y regocígate Virgen Madre del Verbo encarnado, porque esa carne glorificada, con toda la gloria de la majestad de Dios, es la carne de tu carne virginal; gózate y regocígate viendo eternamente triunfante en el cielo á ese Hijo de tus entrañas; míralo bien y sáciate de gloria; reconoce en su adorable persona todos los caracteres con que lo ha marcado el Espíritu Santo: sí, es el Príncipe de la paz, es el Ángel del gran consejo, es el Salvador del mundo, es el Mediador de los pecadores, es el Jefe de la Iglesia, es el Pontífice eterno, es el verdadero Pan de vida, es el Arca de la nueva alianza,

es la luz de los gentiles, es la consolación de Israel, es el Santificador de todos los justos, es el Rey de los ángeles, es la suprema felicidad y la dicha inefable de todos los santos. ¡Oh María! si aún tiene capacidad tu corazón para recibir gloria, escucha de los labios de la Sabiduría eterna el glorioso reconocimiento de tu divina maternidad. Levántate rey inmortal de los siglos y ciñe su frente virginal con la diadema de tu reino, y pon en sus purísimas manos, el cetro de tu imperio. Espíritus celestiales, fieles ministros del Omnipotente, colocad un trono para la Madre del rey, y tú María asientate en ese trono resplandeciente á la derecha de tu Hijo entre los himnos de los ángeles y las alabanzas de los santos, entre los aplausos del cielo y las alegrías de la tierra y embriágate de gloria, oyendo á Jesucristo que te dice: Madre mía, en herencia me han sido dadas las naciones y los pueblos de la tierra; manda como reina y serás obedecida.

Mis hermanos, reparadas están todas las humillaciones de María; glorificada ha sido por Nuestro Señor Jesucristo é indemnizada así de los rigores aparentes y de las severidades con que la trató el Salvador del mundo; ahora le da el nombre de Madre y todos los derechos y todos los honores anexos á su maternidad. Como á tal la ha constituido reina de los ángeles y mediadora de los hombres y ha dispuesto que la Iglesia, órgano visible de su divina voluntad, le tributase un culto solemne y universal, en toda la extensión de los siglos. Registrad el mapa, mis hermanos, y desde donde nace el sol hasta donde se pone, no encontraréis ningún lugar que no haya sido, ó santificado con su presencia, ó marcado con sus beneficios, ó embellecido con los monumentos alzados á su gloria; abrid la sagrada liturgia y veréis como se multiplican las solemnidades en su honor; registrad los libros de todas las ilustres lumbreras del catolicismo, y los encontra-

réis llenos de sus elogios y alabanzas; abrid los anales de los concilios, y la encontraréis aclamada por todos ellos como Madre de Dios y de los hombres; estudiad los fastos del pontificado, y la veréis honrada y enaltecida por los infalibles oráculos de la Cátedra de San Pedro.....basta, mis hermanos, volved vuestras miradas hacia Roma y saludad conmigo al inmortal Pontífice, que ha enseñado al mundo la Concepción Inmaculada de María y que, no contento con haber agregado á su corona este brillante más, ha resuelto poner bajo de sus auspicios la gran asamblea del episcopado que debe dar al universo una lección de verdad, de amor y de esperanza. ¡Qué gloria para María, mis hermanos, y qué triunfo para la Iglesia de Jesucristo! Nosotros, también ¡oh Virgen gloriosísima! nos ponemos hoy bajo tu protección; y esperamos firmemente que, después de haber publicado tus glorias en la tierra, seamos dignos de cantarlas en la patria celestial.



### XIII

#### Asunción de la Santísima Virgen

Compendio de un sermón predicado en la noche del 15 de agosto de 1870, en la iglesia de la Caridad

*María optimam partem elegit,  
quae non auferetur ab ea.  
María ha escogido la mejor parte,  
la cual no le será quitada.  
San Lucas. cap. 10.*

#### EXORDIO

**D**E todos los misterios de la Santísima Virgen puede decirse que tuvo en ellos la mejor parte; pero de ninguno puede decirse con más razón que del misterio de su gloriosa Asunción, porque la gloria que forma su beatitud no le será quitada, *QUAE NON AUFERETUR AB EA*; y porque esa gloria es la recompensa de sus grandes merecimientos. Bajo este último aspecto, el misterio de la Asunción de María es el fundamento de nuestra esperanza, como se verá en el presente discurso.

#### CUERPO DEL DISCURSO

Según las palabras de N. S. J. C., *QUINIMMO BEATI QUI AUDIUNT VERBUM DEI ET CUSTODIUNT ILLUD* y las de la Santísima Virgen: *QUIA RESPÉXIT HUMILITATEM ANCIILLAE SUAE, ECCE ENIM EX HOC BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES*, la gloria de María no es debida al augusto carácter de su divina maternidad, sino que es